

La fuga de Pedro Henríquez Ureña

JAVIER ALCORIZA

A propósito de PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Historia cultural y literaria de la América hispánica*, edición de V. Cervera Salinas, Verbum, Madrid, 2007, cxxii + 506 pp. Las páginas citadas en el texto se refieren a esta edición.

Ce n'est point tant per ses actes, qu'un homme amoureux de l'humanité se rend utile, que par son exemple, et je veux dire: par sa fugue même, par l'image qu'il propose et qu'il laisse, et par ce qu'il permet qu'y respire de bonheur et de sérénité.

ANDRÉ GIDE

1.

UNA EDICIÓN DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. La deuda de los lectores españoles con la literatura hispanoamericana tal vez sea infinita. Los caminos de la historia, con la sombra que proyecta el trasfondo colonial, han llegado a ser, por obra de Pedro Henríquez Ureña, corrientes literarias que ponen de manifiesto mucho más que aspectos puramente literarios. Cultura sería la denominación en que pueden ser comprendidas las cuestiones literarias, pero la duda o deuda sigue pendiente: ¿qué deben los lectores españoles y, aún más, qué debe el mundo de los lectores en general a la obra de los autores hispanoamericanos? A diferencia de los Estados Unidos, la América hispánica ha quedado fijada, de hecho, como una designación con acento más literario o cultural que político. En otras palabras: la conciencia de los lectores españoles (insisto ahora en el adjetivo antes que en el sustantivo) se calma cuando observamos satisfechos la producción literaria de los autores hispanoamericanos y subrayamos los puntos en común de ambas tradiciones desde ese punto de vista. Todos los indicios que apuntan a un examen detenido de la deuda histórica contraída con motivo de la administración española de sus colonias americanas quedan entre paréntesis cuando destacamos el parentesco lingüístico. Pero la seriedad de la literatura resulta evidente cuando nos inclinamos a su interpretación política. Tal interpretación no ha de ser una tergiversación, sino que debe favorecer el deslinde de los asuntos que interesarán a un lector responsable (aquí ya debería prescindirse del gentilicio). Que una de las dos obras aquí editadas de Henríquez Ureña, que forman el colofón de su carrera literaria, se ofrezca traducida al castellano no es un punto menor de la argumentación que puede envolver el conocimiento y juicio del volumen. El mundo académico de los Estados Unidos no podría entenderse al margen de las evoluciones que ha conocido la historia política y el horizonte de la democracia en ese país. Poner el énfasis en la dimensión continental, con la perspectiva de la ética de la literatura, es decir, con la de una modalidad de los Estudios Culturales que tratan de comprender la nueva ubicación de las Humanidades

con el horizonte de la democracia, sería, por tanto, un modo de acceder a la obra de Henríquez Ureña a fin de no neutralizar el valor que implica el propósito o desafío de una lectura imparcial. Hemos de reconocer que este juicio será el más difícil de obtener en el caso de enfrentarnos a un autor hispanoamericano, pero otras consideraciones se quedarán cortas respecto a la deuda aludida. Así, por poner un ejemplo, resulta especialmente equívoco catalogar a Henríquez Ureña como un autor o ensayista “romántico” (pp. xxx, xxxii) cuando no exploramos lo que este nombre significa desde el punto de vista de la propia “utopía de América”. El Romanticismo, al contrario de lo que ocurre en el contexto europeo, habría de medirse en América por el grado de realización de las pretensiones ilustradas de alcanzar una mayoría de edad o dejar atrás, con palabras de Emerson, el largo “día de dependencia”. Ese vínculo tiene una relación a la vez manifiesta y profunda con una tradición de escritura constitucional que habría supuesto una pauta de lectura y escritura cuyos frutos maduros han definido, entre otros acontecimientos, el llamado “Renacimiento americano”. Nos llevaría demasiado lejos del propósito de esta reseña comparar las aspiraciones de los “renacentistas” norteamericanos y de la posterior juventud “grecoamericana” que se reuniría en el Ateneo mexicano con la intención de sostener la “cultura de las humanidades”.¹ ¿Qué podría significar, para los jóvenes intelectuales hispanoamericanos, la vuelta a la Grecia clásica y el empeño en repensar sus ideales o forjar un ideario cultural o estético en torno a ellos? ¿Qué valor tiene la crítica que ellos mismos harían de ese proyecto? ¿Qué tipo de fuerzas habrían sido, de hecho, proyectadas o sublimadas en esa ambición de refundar la cultura o el legado de Occidente desde sus orígenes? ¿De qué manera se plantearon la necesidad de atender a todas las solicitudes del mundo en que habían sido educados o habían buscado su (“nuestra”) expresión? Las cuestiones se acumulan cuando tratamos de hallar un punto de partida para la lectura de las páginas del maestro Henríquez Ureña. Lo que no podríamos omitir es que las convulsiones de la historia política de la América hispánica suponen una condición insuperable de la lectura de los capítulos de su historia cultural y literaria, o que su escritura se haya constituido con el esfuerzo de sobre-

¹ Véase ‘La cultura de las humanidades’, en PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Ensayos*, ed. de J. L. Abellán y A. M. Barrenechea, ALLCA XX, Madrid, 1998.

ponerse a dificultades que no eran sólo literarias. La tensión del título de este volumen, aparentemente inofensivo, debería mantenerse hasta el final, y la manera de ser fieles a ello sería, a mi juicio, indagar sobre los contextos que gravitan en torno a los textos de Henríquez Ureña. Así, por ejemplo, devolver su valor de lectura a la obra de Menéndez Pelayo, cuyo magisterio sobre nuestro autor destaca Vicente Cervera en la introducción, sería una empresa análoga a la de descubrir la importancia de las interpretaciones de Henríquez Ureña. Pero estamos tan lejos de restituir a Menéndez Pelayo el mérito de sus aportaciones como de someter a crítica las líneas que permiten comprender una figura de la talla intelectual de Henríquez Ureña. Una prueba de lo que decimos sería que el destino del ensayista dominicano, glosado extensamente en la introducción, haya sido convertirse en el personaje de un texto de Borges, a pesar de toda la piedad que puede envolver esa evocación. Las incómodas palabras críticas de Henríquez Ureña sobre el propio Borges (“el contenido humano le es indiferente”, p. lxxxv) arrojan mucha más luz, con la perspectiva de la ética literaria, que la ingeniosa ficción del escritor argentino. En realidad, sólo la tradición más piadosa del arte de escribir, de la que sería un epígono, por ejemplo, la obra del novelista Isaac Bashevis Singer, admitiría una recepción que no implicara el diálogo de la imaginación literaria y su contexto político: el caso de la América hispánica es demasiado sangrante para convertir a Borges en testigo final de la desaparición o “fuga” de Henríquez Ureña. La contemplación de la gran familia de los literatos hispanoamericanos no puede ser complaciente, al menos para el público (recuperamos el adjetivo) español, si es que queremos estar a la altura del mundo de los lectores. Para empezar, “nuestra América”, el sintagma martiano, es una referencia que debería desposeernos de la lengua en que la hacemos nuestra. Toda asunción cultural de la obra de Henríquez Ureña habría de sufrir una doble inflexión: en primer lugar, la lingüística, que podría consistir en volver a leer *Literary Currents in Hispanic America*; en segundo lugar, la inflexión política, que dejaría atrás, como el propio Henríquez Ureña y su discípulo Alfonso Reyes habrían hecho, la recreación en las cuestiones del estilo (o la estilística). Ante una obra con la pretensión de señalar las corrientes o escribir la historia, la filología ha de abandonar la aspiración de figurar como una ciencia estricta (a menos que no tema que sus argumentos tengan la consistencia de un sueño borgiano). A diferencia de lo que ocurre cuando no se trata de apreciar una producción intelectual, esta deuda debe ser saldada. El límite de los estudios del autor dominicano lo sigue marcando el dominio de la experiencia literaria, pero estos conceptos se asocian a un poder o arte de escribir por caminos o corrientes que traspasan las páginas de los libros.

2. LAS OBRAS. “Un estilo castizo y correcto sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa” (p. 167). Resulta conveniente recordar esta afirmación de Sarmiento citada por Henríquez Ureña y compararla con su propia afirmación sobre el valor de las “civilizaciones”: “Ya no nos avergüenza confesar que cualquier civilización puede haber sido, en algunos aspectos, tan grande como la nuestra, si no mayor” (p. 82). En la exposición de Henríquez Ureña se dan juntas estas dos corrientes de pensamiento sobre la civiliza-

ción, en el sentido del experimento americano, por un lado, de la cultura trasplantada a América, de la civilización que inspira a los “hombres nuevos”, y, por otro, en el de las culturas preexistentes a la conquista y colonización hispánica. La “América hispánica” se convierte así en un término dual o híbrido, un concepto o mito sobre el que hay que trabajar, la expresión primaria de “nuestra expresión”, que es el otro modo de hablar de “nuestra América”. El empeño de historiar la literatura y cultura de la América hispánica reservará a Henríquez Ureña un lugar destacado entre los maestros de todas las generaciones que se aproximen en adelante a esta cuestión: “Siempre hay una generación que se está formando”. La presentación misma de *Las corrientes literarias de la América hispánica* ya establece la base sobre la que la obra misma ha de ser apreciada, ya que, como podría suponer el erudito dominicano, la “curiosidad humanista” no tiene límites. Del máximo interés debía ser, pues, el contraste entre las dos Américas a que daba pie la ocasión empleada por Henríquez Ureña en la Universidad de Harvard. El ensayista sabe que es así cuando incide en las diferencias entre ambas, aun cuando reflexione sobre ello de manera reservada en las notas de su texto (como la referida a la igualdad social o política, p. 41, o la del valor de París para los hispanoamericanos, en contraste con el descrédito manifestado por Henry Adams, p. 152). Sin embargo, la necesidad de hacer justicia, como un propósito más esencial aún que el de distinguir entre las “civilizaciones”, marca una senda que habría de involucrar a América en su conjunto. Cuando, al final de sus *Corrientes*, Henríquez Ureña alude a la evanescente europeización como hábito de proyección cultural, añade: “Ahora tenemos una idea más justa” (p. 245). Esa “idea más justa”, que salvaguarda el valor y vigor de los rasgos culturales nativos, que reserva un espacio no marginal a la exposición y análisis de las manifestaciones culturales que provienen de la convivencia entre los pueblos, apunta a una dimensión ética fundamental que orienta y dicta las mejores páginas de nuestro ensayista. Hay un afán de justicia en el largo aliento con que están redactados tanto los capítulos de las *Corrientes* como de la *Historia de la cultura en la América hispánica* capaz de guiar la lectura de cualquier “generación que se está formando”. La mirada de Henríquez Ureña, como historiador, sin embargo, había de ser necesariamente retrospectiva, y los acontecimientos, desde la época de la conquista al “momento presente”, debían ocupar su lugar en un relato coherente. No es aventurado afirmar que la exigencia de un espacio público para la articulación de la sociedad, el funcionamiento de las instituciones democráticas, la restitución de los derechos a las minorías secularmente oprimidas y la normalización de las relaciones entre la vida intelectual y la experiencia política podían definir la “utopía” capaz de recomponer el panorama descrito por Henríquez Ureña. De por sí, tal panorama no dejaba de ser desolador en varios aspectos, por lo que no ha de extrañarnos que la palabra más modulada en la valoración del ensayista fuera “anarquía” (pp. 115, 137, 139, 157, 184, 201, 312). Los capítulos de estas obras han de ser leídos con la debida atención a las responsabilidades del escritor, en general, hacia la sociedad en que se están determinando las posibilidades de justicia social y progreso económico, del que depende el principio de la “instrucción popular” (p. 139). Cierta ironía o melancolía se trasluce en los preámbulos de

los capítulos en que Henríquez Ureña quiere subrayar el advenimiento de las formas políticas modernas allí donde ha habido un largo divorcio entre la letra de la ley y la vida real; e incluso asoma el habitual pesimismo del literato hispanoamericano ante la insolvencia de la clase política: “El timón del estado pasó a manos de quienes no eran sino políticos; nada se ganó con ello, antes al contrario” (p. 201). En parte, la crítica literaria del autor se fundamenta en los principios de la escuela humanista que ha querido apreciar sobre todo la literatura como una expresión del arte. Henríquez Ureña comparte así la preferencia por las virtudes del mundo clásico frente a la “mentalidad moderna” (p. 244) que había aplicado en sus grandes obras el ya mencionado Menéndez Pelayo y, sin embargo, las cuestiones aludidas sobre la literatura y la actividad política nos permiten apreciar la modificación de esa preferencia en el contexto americano. En el Nuevo Mundo, los procedimientos de una crítica de raíz axiológica deben admitir el grado de complicación que supone enfrentarse a una realidad nueva en que el nacionalismo o el tradicionalismo no constituyen la fuerza de gravedad de los juicios emitidos. En Henríquez Ureña tenemos un caso del modo en que el ejercicio de la crítica omnimoda reobra sobre sí misma cuando intenta contener los productos culturales específicamente hispanoamericanos. La ética de Henríquez Ureña queda así a la vista, antes que en los tristes apuntes sobre la incorporación de las jóvenes naciones hispanoamericanas al mundo moderno (pp. 171, 231, 329), en las elocuentes páginas que dedica, en el marco de la biografía literaria, a hombres como Bello, Sarmiento, José Martí o González Prada, en los que el ejercicio de la vocación literaria no supuso obstáculo alguno en sus luchas por la mejora de los asuntos públicos. De manera casi concluyente, cuando Henríquez Ureña se plantea la disyuntiva entre el arte como autoexpresión y el arte como servicio, aduce a continuación: “La cuestión, por supuesto, carece de sentido fuera de una compleja civilización urbana” (p. 243). Volvemos, pues, de la mano del crítico, a preguntarnos por el sentido que adquiere la expresión “civilización” en un contexto, como el de su propio “viejo Santo Domingo, por ejemplo, [en que] no es fácil decir, a primera vista, si una residencia particular data de 1570 o de 1870” (p. 174). La tensión, inherente al estudio de la literatura de la América hispánica, entre el texto y el contexto en que ha sido producido, recibido e interpretado, señala un motivo incuestionable a la hora de encarecer la lectura de Henríquez Ureña.

3. UNA CONCLUSIÓN. El tiempo, por tanto, o, por jugar aún con su determinante, nuestro tiempo, que asiste a una reedición parcial de esa clima de principios del siglo XX que se debatía entre la “redención del indio” y la aparición de las dictaduras en la América hispánica (p. 359), corre a favor de Henríquez Ureña. Su lectura de la historia se acompasaba con su crítica de la literatura, y el delicado equilibrio mantenido entre ambas ha hecho de su propia obra un tipo de ensayo que no encaja en las corrientes teóricas contemporáneas. Rafael Gutiérrez Girardot ha destacado precisamente la escasa sintonía entre la calidad del trabajo de Henríquez Ureña y la escuela crítica predominante en el momento de su publicación y, en general, de su recepción en el siglo XX.² El interés de los Estudios Culturales por retomar el vínculo de la historia como una fuente de sentido superior a la del tradicional contexto de la obra

literaria, e incluso por invertir los términos de la apreciación “histórica” de la literatura, situaría la “moderna historiografía literaria” del estudioso dominicano en una posición central para interpretar, entre otros, el tema de la colonización y descolonización de la América hispánica desde el punto de vista de la comunicación literaria. Las alusiones de Henríquez Ureña a la utopía de “nuestra América” o a América como “patria de justicia” indican el marco definitivo en el que deben apreciarse sus narraciones historiográficas. Como hemos visto, la tensión entre los dos modos de enunciar la civilización o la distinción entre el ideal de justicia y el ideal de cultura formarían parte del debate en que su obra resulta plenamente vigente. Tal vez parezca controvertido, más allá de su vehemente enunciación, dar por supuesta la armonía “natural” entre el universalidad de América y el carácter nacional de sus pueblos, pero la anteposición del ideal de justicia al ideal de cultura (p. 432) nos hace pensar en que el gran esfuerzo de Henríquez Ureña por historiar la literatura no habría de tener consecuencias meramente literarias. La exhortación del maestro a sus amigos —“a trabajar”— seguirá persiguiendo a todo aquél que se aproxime a su obra con una generosidad similar a aquélla con la que fue concebida.

² Véase su introducción, ‘Pedro Henríquez Ureña’, a PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *La utopía de América*, ed. de A. Rama y R. Gutiérrez Girardot, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978.